

más pueblos, supuesto que en la industria y en el comercio hay no sólo la fabricación y transporte de los efectos manufacturados, sino que también sirven de vehículo para la circulación y propagación de las ideas y costumbres.

La experiencia de todos los tiempos ha enseñado que los pueblos industriales y mercantiles se contagian presto con las enfermedades morales de los otros; que renuncian con menos trabajo á sus tradiciones y á sus hábitos; que el sello de su nacionalidad se altera con el roce continuo, y que situados á veces á muy poca distancia de comarcas no sometidas á semejante influencia, son tan diferentes de los moradores de ellas que los hombres parecen de países y de siglos muy distantes. Fácil sería aducir muchos ejemplos históricos de esta verdad, y comprobarla además con la experiencia que á cada paso se nos ofrece á la vista; pero bien podremos dispensarnos de semejante tarea, cuando cada cual podrá por sí mismo asegurarse de ello, harto mejor de lo que pudiéramos enseñárselo nosotros con dilatados escritos: basta dar una mirada á un punto donde se haya desarrollado mucho la industria y el comercio, y volver en seguida los ojos hacia otro donde no se haya verificado esta circunstancia, aun suponiendo igualdad en el número de la población y en el desarrollo de la prosperidad respectiva. El pueblo industrial y mercantil contrasta tan vivamente con el agrícola, que la diferencia se presenta demasiado de bulto para que sea preciso buscarla, ni aun posible el dejar de verla.

Claro es, pues, que hallándose Barcelona en estas circunstancias, y reuniéndolas en más alto punto que otra ciudad cualquiera de la Península, debió ser una de las poblaciones que más pronta y vivamente se resintieron del espíritu disolvente del siglo.

Para mayor desgracia permanecieron los franceses en ella durante la guerra de la independencia; y si bien es verdad que muchos de sus habitantes abandonaron sus hogares para correr los peligros y participar de las glorias

de la causa nacional, también es cierto que no todos pudieron hacerlo así, y que quedaron huellas que no fué fácil borrar. Desde 1814 á 1820 andaba cundiendo el daño de las ideas innovadoras en toda la Península, porque aquel gobierno ni era poderoso á impedir el mal, ni hábil para dirigir el movimiento que tan vivamente se había declarado hacia un orden de cosas diferente. Así es que cuando en 1820 se proclamó la Constitución se echó de ver que se habían propagado bastante en Barcelona las ideas revolucionarias, realizándose allí escenas que no es menester recordar porque son demasiado recientes para que hayan podido olvidarse.

En aquella época ya no sucedió en la capital del Principado lo que en otras poblaciones importantes de España, donde la mayoría se decidió abiertamente por el antiguo orden de cosas, sufriendo á duras penas la opresión en que la tenían las facciones apoyadas en el centro del gobierno, pero manifestándose con estrépito y algazara tan pronto como el ejército francés vino en socorro de Fernando VII para restablecer la monarquía absoluta. En Barcelona aun después de la entrada de los franceses, el partido realista no pudo hacer demostraciones públicas que indicasen popularidad, y tuvo que resignarse á obrar de oficio, á causa de que la mayoría de la población estaba en sentido contrario á la situación creada por la victoria de los realistas.

La compresión que sufrió la opinión pública en aquella ciudad durante los diez años, contribuyó más bien al aumento de las ideas innovadoras que no á su disminución; y para formar concepto del estado de los ánimos en 1832 es suficiente recordar el frenético entusiasmo con que fué recibido el general Llauder; el furor con que fué arrojado el conde de España, y la alegría sin tasa á que se entregaba la capital á cada paso que daba el gobierno hacia un orden de cosas que prometiera la caída del sistema absoluto y la inauguración del representativo.

La reforma, ó sea la revolución, era en aquella época

popular en Barcelona; no era sólo la hez del pueblo la que tomaba parte en el bullicio, eran también las clases acomodadas, eran las personas más ricas, así de la clase de propietarios como pertenecientes á la industria y al comercio. Los literatos y todas las profesiones científicas participaban generalmente del movimiento; por manera que si bien en la ciudad había no pocos que miraban con desconfianza el giro que iban tomando las cosas y auguraban desgracias para el porvenir, no obstante se veían precisados á ocultar sus temores en el fondo de su pecho, y no se atrevían á manifestar su opinión sino en las expansiones de la amistad y de la confianza.

Cuando sobrevinieron los desastres de 1835, el incendio de los conventos, el asesinato del general Basa, el furor contra el general Llauder, poco antes objeto de tan solemne ovación, y el desbordamiento universal de las ideas y pasiones revolucionarias, todavía era mucha la popularidad que disfrutaban en Barcelona las medidas extremadas; y no son pocos los que actualmente se avergüenzan de haberse complacido en el fondo de su corazón en los horribles crímenes de aquellos días de infausta memoria, ya que de una manera más ó menos directa no contribuirán á consumarlos.

Sin embargo preciso es confesar que el horror de aquellos días aterró á los tímidos, desengañó á los sencillos é incautos é inspiró serias reflexiones á cuantos no teniendo bastante valor para retroceder en el camino del mal, conservaban empero la honradez necesaria para no poder constituirse defensores de atentados que escandalizaban á la culta Europa, y lastimaban todos los sentimientos de humanidad. Desde entonces comenzó la deserción de las banderas salpicadas con sangre inocente. La revolución continuó su estrepitosa carrera con sus instintos feroces, sus pasiones insaciables, su inextinguible sed de oro y de maldad. Pero en cambio resultó que la dura lección había escarmentado á muchos, que cada día iba escarmentando á otros, y que así dispersándose en diferentes direcciones

los antes ardientes partidarios de la enseña revolucionaria, se fueron creando los elementos que á no tardar constituyeron un nuevo partido.

Cuando no las convicciones, el interés propio había de traer semejante transformación; pues todos los que no deseaban medrar en las revueltas, y sí conservar sus fortunas y sus vidas, debían pensar seriamente en poner algún dique que los resguardara contra ese torrente devastador, cuya impetuosa avenida habían provocado ellos mismos.

Esta es la ley de todas las revoluciones; siendo de notar que un período semejante se vió también en la francesa, con la diferencia de los nombres y con la diversidad de circunstancias, que por necesidad acarrearán á los partidos modificaciones muy trascendentales.

Así como Barcelona se había encontrado en situación excepcional que la hacía más adicta á la revolución, así también cuando comenzó á formarse en ella el partido conservador, se halló en circunstancias muy diferentes de las de otras capitales de España. En éstas, la masa de las clases bajas, ó no se había interesado en la cuestión política, ó había mostrado simpatías en favor de la causa de D. Carlos; por lo que aconteció que el partido liberal no sintió tan pronto los efectos de la división intestina, ni la urgente necesidad de que los que se habían puesto á la cabeza de la revolución trataran de enfrenarla para conservar sus haciendas y sus vidas. En ningún punto de España se hallaba esa masa totalmente dispuesta á favor de las ideas revolucionarias como en Barcelona; en ninguna parte era tan fácil que los tribunos se viesen rodeados de un pueblo numeroso que secundara sus designios; en ningún punto existían á más de las clases inferiores, esa muchedumbre de artesanos que alucinados también por las ideas revolucionarias, favorecían más ó menos directamente la propagación y los efectos de lo que, andando el tiempo, les había de costar tantas pérdidas, tanto malestar y sobresaltos.

De aquí resultó que la fracción del partido liberal que se propuso resistir al torrente devastador, en vez de ser mirado como debía, es decir, como un conjunto de hombres que con el desengaño de lo pasado y el temor del porvenir, habían sentido la necesidad de modificar sus opiniones y templar su conducta, fué considerado como una reunión de aristócratas traidores á la causa que antes abrazaran y defendieran, enemigos del pueblo, hostiles á toda reforma, y que sólo habían intentado contribuir á los primeros disturbios para satisfacer designios particulares, abandonando en seguida á los azares de la suerte al crecido número de ciudadanos que en pos de ellos se había comprometido.

El acaloramiento producido por los desastres de la guerra civil, los estrepitosos excesos á que en todas partes se entregaba la revolución, el desbocamiento de la prensa, la debilidad del gobierno supremo, y cuantas causas contribuyen á exaltar los ánimos y desencadenar las pasiones, obraban de una manera muy particular sobre Barcelona, motivando el que la división entre las dos fracciones del partido liberal fuese cada día más marcada é incapaz de avenimiento. Para comprender los agigantados pasos que en la capital del Principado habían dado las ideas conservadoras, basta recordar el cambio realizado en ella por el barón de Meer en 1837 con el desarme total de la milicia, y su reorganización más adaptada á la conservación del orden público. Semejante paso que pudo darse en Octubre de 1837, y que mereció la aprobación y sincera adhesión de lo más distinguido de la capital, hubiera sido poco menos que imposible en 1835, aun cuando supusiéramos que hubiese tratado de realizarla otro general de firmeza y energía de carácter iguales á las que distinguen al mencionado jefe. En 1835 la revolución era todavía muy popular, contaba no sólo con el apoyo de las clases más numerosas, sino también de las medias, y de no escasa porción de las altas; así fué estéril é impotente la decisión del infortunado Basa, que sin duda no estuvo escaso de valor y

osadía, ya que se atrevió á arrostrar con tamaña serenidad el puñal de los asesinos.

El desarme de la milicia hecho por el barón de Meer, la organización de la nueva, la situación política de la ciudad, y demás medidas que siguieron á aquellos actos, hicieron que la fracción que no quería cejar en el camino revolucionario se irritase más y más, y procurase derribar á sus adversarios por cuantos medios estaban á su alcance. Ya en Mayo del propio año se había trabado en las calles sangrienta lucha entre los sostenedores de la autoridad y los perturbadores del orden público; había corrido la sangre, y la discordia sellada con sangre es mucho más difícil de apaciguar.

Desde entonces ya no hubo otro medio para entenderse que apelar unos y otros á las armas; bien que todos los esfuerzos de los revolucionarios no produjeron ningún resultado hasta que encontrando algún apoyo en el gobierno de Madrid dominado ya por Espartero, consiguieron la caída del barón de Meer, y prepararon la victoria que tan cumplida les proporcionó el General en jefe de los ejércitos reunidos con el auxilio de cien mil bayonetas.

El más completo exclusivismo, la intolerancia, la dureza en las palabras, la exageración en la conducta, las personalidades más repugnantes, los insultos más crueles, las amenazas continuas, las persecuciones, constituyeron el estado habitual de Barcelona después de 1840; enardeciéndose más y más las pasiones al primer amago que inspirara recelos á los amigos de aquel orden de cosas, y provocándose movimientos cuyo tremendo carácter y espantosas tendencias no es necesario recordar.

Así la contemplaban asombradas las demás poblaciones de España, no comprendiendo cómo era posible aquella exasperación que ellas no conocían. Y era que la revolución había corrido en Barcelona sus fases con más rapidez que en los otros puntos de la Península, por lo mismo que había comenzado allí con más ímpetu, desarrollándose en mayor escala y obrado con más brío; y era que Barcelona,

victima de los mayores males, había sentido más pronto la necesidad de remediarlos; y era que para Barcelona había sonado mucho antes que para otras ciudades, la hora del desengaño y del arrepentimiento: la revolución se sentía débil, y por esto veía peligros en todas partes, y se hacía más violenta y cruel.

Tenemos una prueba de esto en que el pronunciamiento de Julio de 1840 en favor de Espartero, anduvo ya muy escaso de popularidad, sin que se lograra excitar el entusiasmo, ni interesar siquiera en favor del nuevo poder con la victoria conseguida en Septiembre y Octubre, cuando imitando los demás pueblos de la Península el movimiento de Barcelona, se logró condenar á la emigración á la Reina Madre, y ensalzar al mando supremo al soldado de fortuna.

La impopularidad de que estamos hablando, se manifestó bien claramente en aquellos días de funesta memoria, bastando para convencerse de los enemigos que tenía en Barcelona la situación creada en 1.º de Septiembre, el atender á la conducta observada por la Junta revolucionaria de Octubre de 1841, cuando la insurrección de O'Donnell en la ciudadela de Pamplona y las otras que la sucedieron en diferentes puntos, revelaron el peligro en que se hallaban tanto el poder del Regente, como el predominio de aquellos que con él habían identificado su causa. No es posible que se lleve á tan alto punto la exageración y la violencia á no sentirse quien la ejerce profundamente débil. El que es fuerte, el que se ve rodeado de las simpatías populares, el que cuenta con el apoyo de la mayoría de los ciudadanos influyentes, no ha menester abandonarse á tales extremos, que si á veces producen un efecto momentáneo, contribuyen sobre manera al descrédito del partido en cuyo nombre y favor se está obrando.

En los acontecimientos de Noviembre de 1842 se presentó tan de bulto la indicada verdad, que era imposible dejar de conocerla á no empeñarse en cerrar los ojos á la luz. En 1841 se pretendía legitimar ó disculpar la marcha

adoptada por la Junta, con la necesidad que había de defender la Regencia de Espartero y la situación creada por el pronunciamiento de Septiembre. En 1842 se hizo el movimiento contra Espartero, desaparecieron de la escena muchos de los hombres que figuraban en las revoluciones de otras épocas, y la Junta creada á consecuencia de los sucesos del 15 de Noviembre á pesar de estar compuesta de personas de poca categoría, y algunas de ellas enteramente desconocidas del público, pudo observar una conducta sumamente templada é inofensiva con respecto á las personas y á las propiedades.

¿De dónde la diferencia? de que en 1841 los que promovían la revolución para sostener á Espartero se llenaban de espanto al echar una mirada en derredor, al encontrarse destituidos de simpatías populares y amenazados por adversarios poderosos, cuando no fuera por otra causa, por su excesivo número. La Junta de Noviembre de 1842, si bien veía en muchos frialdad y desconfianza, si bien notaba que no eran pocos los que temían que el pronunciamiento se malograra, acarreándose á la ciudad desgracias estériles, no obstante observaba que la inmensa mayoría de la población participaba del pensamiento dominante del levantamiento que era la caída de Espartero; y es así que pudo obrar con desembarazo, sin temor de ser contrariada por la mayoría de los ciudadanos que deseaban vivamente que se derribase el poder tan profundamente aborrecido. Esta es la causa porque la Junta observó una conducta tan mesurada, no permitiéndose atropellamientos de ninguna clase.

El pronunciamiento de Junio acabó de evidenciar la ninguna simpatía que tenían en Barcelona, Espartero y la situación política por él representada y sostenida. Las bombas de Diciembre no habían ahogado la exasperación popular; antes al contrario, la habían llevado á más alto punto, haciendo que se preparase á estallar con más tremenda explosión á la primera oportunidad que la brindara con algunas esperanzas de triunfo.

El desesperado esfuerzo de los partidarios de la revolución durante la insurrección centralista, no alcanzó á recabar que la mayoría de Barcelona se interesase en su favor. La emigración más asombrosa que se viera jamás, probó que la opinión había sufrido un cambio profundo, y que era imposible hacerla volver atrás para tomar parte en motines y trastornos. Y no sirve el alegar que todavía se encontraron algunos miles de brazos que tomaron las armas en defensa de la bandera levantada el día 2 de Septiembre, que se sostuvieron firmes por espacio de tres meses, y no se rindieron al general Sanz antes de haber visto que el movimiento no era imitado en las demás provincias, y que era sofocado en todas partes donde llegó á estallar; pues que en una ciudad tan populosa donde se hallan en tan crecido número las familias que quedan sin pan en el momento que se cierran las fábricas, es imposible que la necesidad no obligue á muchos á tomar parte en una causa que les es del todo indiferente. Añádase á esto que en tales casos acuden al punto de la insurrección una multitud de aventureros de fuera, deseosos de aprovecharse de los disturbios, y se tendrá sencilla y fácilmente explicado por qué se pudo formar un cuerpo suficiente para cubrir las murallas, y hacer desde allí frente á las tropas de los alrededores. Además, si no olvidamos que en el sinnúmero de familias emigradas se contaban muchísimos de la clase de jornaleros, si tenemos en cuenta que los enemigos de aquella revolución salieron desde luego de la ciudad á esperar el desenlace de los acontecimientos, en vez de impedir su desarrollo, resultará más claro que la luz del día que el movimiento era altamente impopular, y que si nació y pudo medrar por algún tiempo poniendo en alarma á la nación, todo fué debido á ciertas causas que no es oportuno examinar y que con el tiempo señalará la historia.

De estas consideraciones se infiere cuál es el estado actual de Barcelona, y cuáles las causas que lo han producido. El orden tiene allí numerosos partidarios; mejor di-

remos, la población en masa está en favor de él; pudiendo asegurarse, que mientras haya al frente del Principado autoridades civiles y militares de intención recta y carácter firme, no se turbará la tranquilidad pública y se hará imposible la repetición de las escenas que por espacio de tantos años han escandalizado á la España y á la Europa.

Con la nueva situación han nacido nuevas necesidades á que es preciso atender, si se desea cuidar no sólo de lo presente sino también precaverse contra los riesgos del porvenir. De esto nos ocuparemos en otro artículo. — *J. B.*

INSTRUCCIÓN PRIMARIA.

Uno de los primeros cuidados que han de ocupar á los gobernantes, y á todos los que teniendo alguna influencia directa ó indirecta sobre la sociedad se interesan por el bien de sus semejantes, es sin duda la instrucción primaria. Si ésta se halla arreglada, si presiden á la misma la religión y la moral, resultarán los hombres más instruidos y menos viciosos, porque la generalidad de ellos no se forma con el estudio de elevadas ciencias, ni está destinada á carreras literarias, sino que viviendo en una condición modesta conservan en el resto de sus días lo que se les ha enseñado en la primera edad, sin que tengan ocasión de añadir al caudal de sus luces otra cosa que las lecciones de la experiencia.

Es más difícil de lo que á primera vista pudiera parecer el que los maestros sean á propósito para desempeñar su misión. Quien no haya examinado las cosas de cerca fácilmente se persuadirá que el enseñar á leer y escribir, el dar algunas nociones elementales de la religión y de la moral, el instruir en los rudimentos de la aritmética y otras cosas por este tenor, son tareas al alcance de cual-